



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

21 de febrero de 1891

Núm. 173



TODA FLORES

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

Si no recuerdo mal, decía yo el otro día algo contra el sistema parlamentario. Como la cosa es muy importante, proseguiré diciéndolo, siempre con aplicación á la índole de este periodiquito.

No examinaré, señores diputados (digo, mis queridos camaradas), la cuestión bajo su aspecto político, bajo sus resultados directos en la gobernación del país, sino desde el punto de vista de sus estragos indirectos, desviados, de rechazo.

Las costumbres públicas han tomado, efectivamente, no poco del parlamentarismo; v. g.: la cháchara elevada á condición primordial de todo el que quiera meter la pata en la cosa pública. Ni D. Buenaventura Carlos Aribau, hacendista insigne; ni el difunto señor López Fabra, competentísimo como nadie en Correos, hubieran podido aspirar nunca á una dirección general de mala muerte: eran ligeramente tartamudos, según me han dicho.

Después de la cháchara viene como segunda condición el desparpajo, la serenidad; y si por dicha el descoco llega hasta el cinismo, ¡oh, qué excelente politicastro! ¡qué risueños horizontes ve extenderse ante sus quevedos, si los usa, el interesado!

Las cosas feas han recibido, gracias al parlamentarismo, una calificación hipócrita: todo son *transacciones patrióticas*, *abdikaciones honrosas*, *coincidencias* (patrióticas también), *discrepancias*, *ponderaciones*, *turnos pacíficos*, *irregularidades*, *rompimiento de moldes*, *oportunismos*, *enseñanzas*, *plétoras de vitalidad*, *conjunciones*, en vez de decir traiciones, vueltas de casaca, hambre canina, estafas, envidias, servilismo, soberbia, vanidad, venalidad, descaro, cobardía.

Se ha pegado á la gente el parlamentarismo de tal suerte, que el que más y el que menos está haciendo el oso con la mayor candidez del mundo. Jamás olvidaré mi ridícula *dimisión* del cargo de secretario de la Congregación de San Luis Gonzaga que *presenté* estudiando el cuarto año en el Instituto de mi pueblo. Y ¿por qué la presenté? Por el maldito parlamentarismo. Habían nombrado ministro de Marina á un caballero particular que vestía de paisano, y llovian *dimisiones marítimas*. Y yo, claro está, presenté también mi correspondiente *dimisión*, terrestre.

Por obra y gracia de ese mismo parlamentarismo (hasta tiene

de malo eso de acabar en *ismo*) vemos formarse congresillos de á tres al cuarto, que no otra cosa son las *petites Academias*, *Sociedades*, *Asociaciones*, *Centros*, *Ateneos* y demás *corporaciones* que vemos



Un kraal

funcionar, así en las más miserables aldehuelas como en las más populosas capitales, con el santo y único objeto de darse tono de presidentes, *consiliarios*, *vocales de semana*, *secretarios*, *bibliotecarios*, *archiveros*, etc., etc. Por punto general esos remedos congresiles suelen asemejarse al rebaño de D.^a Mónica, que constaba de ocho pastores, cuatro perros y dos ovejas.

Al parlamentarismo somos también deudores de la hojarasca con que suelen amenizar sus columnas nuestros tan acreditados periódicos. Todo se vuelven *noticias políticas* en un país en que toda la política se reduce á la que confeccionan doscientos privilegiados, incluso el Sr. Fabié, á pesar de ser un escritor de los peores. Cójase un periódico francés, *Le Temps*, *Le Journal des Debats*, *Le Figaro*, y parece que les corra prisa salirse de la política para hablar de cosas menos *bêtes*. En cambio aquí hay periódicos que se sostienen y ganan miles de duros hablando única y exclusivamente de aquel asendereado asunto. En cuanto á ciencias, artes, literatura, viajes, intereses materiales, etc., quédese para otro, ó todo lo más para el lunes próximo.

La afición al discursio, que nos ha convertido en un pueblo de insustanciales sacamuelas, hace ver las cosas de una manera desfigurada. Por ejemplo, el otro día va, sube á la tribuna del Ateneo de Madrid el Sr. Cánovas del Castillo y espeta un discurso (vulgarísimo y lleno de juicios erróneos en cuanto se apartó *del original*) que deja con un palmo de boca abierta á los circunstantes. ¡Qué discurso! ¡Qué *forma*! La prensa se deshace en elogios de aquella imponderable *oración*. Bien: ¿y qué? ¿*Qué dijo el Sr. Cánovas que no lo hubiese dicho antes el señor D. Cesáreo Fernández Duro*, que fué el que sacó las castañas del fuego? Pues ahí tenéis lo que es el parlamentarismo.

Y no prosigo, porque el diablo cargue con él.
Siempre vuestro,

ANTOÑITO

CONOCIMIENTOS ÚTILES

EL IODO

El iodo, cuyo empleo tanto se ha generalizado de unos años á esta parte, es un medicamento nuevo. Su empleo como agente terapéutico data del año 1820. Este cuerpo, del cual se extraen hermosos colores violáceos, toma su nombre de la palabra griega *iades*, que quiere decir *violeta*.

El iodo se encuentra, por lo regular, en los restos de embarcaciones destrozadas; encontrándosele asimismo, bien que en estado de ioduro de potasio, en varias plantas marinas, en los pólipos y sobre todo en las esponjas, lo cual explica que en el siglo XIII se emplearan para combatir determinadas dolen-



La oración
Ayuntamiento de Madrid

cias las esponjas calcinadas. La presencia del iodo se revela también en el hígado de bacalao, en el de la raya y en gran número de manantiales minerales.

Los preparados iodados ejercen una acción excitante é irritante á la par. Tomado á grandes dosis, obra como un veneno activo, ocasionando grandes alteraciones cerebrales. En cambio, suministrado á dosis moderadas, es de excelentes resultados en determinadas afecciones.



Pastorcito... de afición

El iodo, cuya solución con el agua resulta muy difícil, se diluye con gran facilidad en alcohol ó en éter; siendo esta fórmula la que se emplea para obtener la tintura cuyo empleo está indicado para frotaciones, baños, inyecciones, fumigaciones, etc., etc.

Empleada para fricciones, la tintura de iodo, puede usarse sola: para uso interno, sin embargo, debe administrarse debidamente preparada.

El iodo es asimismo un desinfectante inmejorable, estando muy indicado su uso para las habitaciones de enfermos que sufren enfermedades infecciosas, ya que sus vapores neutralizan los miasmas malignos que pueden infectar la habitación.

EL «CATTIA EDULIS»

Es este un producto nuevo, análogo en sus propiedades al *coca*, al *maté* y al *trola*, es decir, que conserva las fuerzas físicas por mucho tiempo á falta

de alimento. Hace siglos que se viene usando por los naturales de Arabia y de Abisinia. La planta es un arbusto con hojas lanceoladas de un color verde aceituna, y crece en Africa entre 15° norte y 30° sur latitud; pero se cultiva más especialmente en Arabia, y sobre todo en la provincia del Yemen. Desde Aden se exporta al NE. de Africa y á las costas de la tierra de los Somalis. Las hojas se mascan ó se hace una infusión con ellas como te, y sus virtudes nutritivas han sido probadas minuciosamente por un terapéutico francés llamado M. Leboups. Este químico usó no sólo la efusión, sino también la tintura y un extracto de las hojas, y encontró que todas producían el desvelo y desterraban todo sentimiento de cansancio. Hasta ahora no se ha obtenido ningún alcaloide especial de estas hojas.

PROPIEDADES DEL AROMA DE LAS FLORES


Un profesor italiano acaba de publicar un juicio muy interesante acerca de las flores.

Los aromas de origen vegetal ejercen sobre la atmósfera una acción benéfica, convirtiendo el oxígeno que en ella se encuentra en ázoe, aumentando así su grado de oxigenación. Las esencias que desenvuelven mayor cantidad de ázoe son las del laurel real, de la menta, del enebro, del limón, del hinojo, de la bergamota, etc., etc.; mientras que las de anís, de tomillo y de nuez noscada son las que desenvuelven menos cantidad. Las flores del narciso, del jacinto, de la magnolia, del heliotropo y del lirio desenvuelven el ázoe en vasos cerrados. Las flores privadas de perfume nunca lo desenvuelven.

JUAN A.

LA PRINCESA HILDERGUNDA

I

 EL norte de Baviera, en medio de las altas montañas del Frankenwald, á orillas del Naab y asentado sobre escarpada roca, ha muchos años se alzaba gallardo un castillo feudal, con su puente levadizo, sus altos torreones y sus ojivales ventanas.

Aquel castillo era la morada de Federico de Magdeburgo, señor de aquellos contornos, sobre los que ejercía, más que tiránico yugo, paternal autoridad.

Era Federico un joven de bondadoso semblante y gallarda presencia. Bastaba verle una vez para simpatizar con él; bastaba verle dos veces para ser su amigo.

El único vicio de Federico (si es que vicio puede llamarse) era la caza.

Desde que el perezoso Febo, sacudiendo sus doradas melenas, asomaba su

rubicunda faz por oriente, hasta que, concluida su jornada, tranquilamente se retiraba por occidente, nuestro héroe se entregaba á su placer favorito, y ora escalaba abruptas montañas, ora recorría fértiles llanuras en persecución de ciervos y jabalíes, hasta que, rendido de cansancio, se retiraba á su morada para reparar con el sueño las fatigas de la caza.

Y así hubiera pasado su vida entre aquellos inaccesibles riscos, sin conocer más placeres que los de la caza ni más mundo que el limitado por las altas montañas que cual fuerte muralla circuían su castillo, si un suceso inesperado no hubiera venido á cambiar el rumbo de su existencia.

Pues señor, sucedió que se celebró en Delmold, capital del principado de Lippe, un torneo, al cual fué invitado el héroe de mi relato y al que asistió cual cumplido caballero.

Pero es el caso que la princesa Hildergunda, hija del príncipe Herberto de Lippe, era la mujer más hermosa de 200 leguas á la redonda.

Verla y amarla fué para Federico cosa de pocos instantes.

Y ¿cómo no ser así si Hildergunda, más que mujer, parecía una Virgen arrancada de un lienzo de Rafael de Urbino?

Y como era aquella la primera vez que amaba, pues entregado hasta entonces por completo á su placer favorito, la caza, apenas si se había dado cuenta de que tenía un corazón para amar, y como sucede siempre que el primer amor es el más intenso, se comprenderá fácilmente el por qué aquella pasión tomó gigantescas proporciones en aquel corazón virgen todavía.

Como les sucede á todos los enamorados, Federico creyó que no había de haber vallas que le impidieran la posesión del bien amado, olvidándose ¡inocente! de que en este mundo, para alcanzar *un cachito* de felicidad, se tiene antes que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

Federico *no se anduvo por las ramas* (como vulgarmente se dice), sino que á los dos ó tres días se presentó al príncipe Herberto de Lippe para pedirle la mano de su hija.

Pero ¡ay, que antes que él habían hecho lo mismo el gran duque de Oldemburgo y el duque de Brunsvich!

El príncipe Herberto de Lippe obró entonces discretamente dejando la elección á su hija Hildergunda.

Y un día se presentaron los tres pretendientes á la hermosa princesa para que ella eligiese de entre los tres al que considerara más digno de ser su futuro esposo.

Arduo era el problema: los tres galanes eran gallardos, discretos y valientes á cual más. Casi, casi, era imposible la elección entre ellos: había que quedarse con los tres; pero, francamente, esta solución no convenía ni á Hildergunda ni á sus pretendientes.

En tan apurada situación vino á resolver el problema el claro talento de la hermosa princesa, la cual, dirigiéndose á sus apuestos galanes, les dijo: —Dentro de dos años nos volveremos á reunir en este mismo salón, y enton-



Caza del búfalo

Ayuntamiento de Madrid

ces concederé mi mano á aquel de vosotros que haya llevado á cabo la acción más meritoria.—Y, dicho esto, se retiró discretamente, dejando perplejos á los tres gallardos donceles.

II

Y pasaron las horas, los días, las semanas y los meses, y poquito á poco fué llegando el término del plazo concedido por Hildergunda á sus tres pretendientes.

Y, como todo llega en este mundo, llegó también el anhelado momento de exponer ante el objeto de sus amorosas ansias los méritos realizados por los tres galanes. Y volviéronse éstos á reunir en el mismo salón, en el mismo día y á la misma hora que dos años antes se habían reunido. Por fin, apareció Hildergunda, radiante de bondad y de hermosura, y, dirigiéndose á los tres jóvenes, les dijo:—Y bien; ya ha expirado el plazo concedido: ¿que méritos habéis hecho, durante él, para aspirar á mi mano?

El gran duque de Oldemburgo, que había sido el primero en pretender la mano de Hildergunda, fué también el primero en hablar.

—Yo, señora,—dijo,—he cantado vuestra hermosura en armoniosos versos que han hecho inmortales vuestro nombre y el mío.

Á continuación el duque de Brunsvich habló de esta manera:

—Yo, bella princesa, he mantenido que vos erais la mujer más hermosa del mundo en veinte torneos, y en todos ellos han salido vencedores vuestra belleza y mi valor.

Tocó el turno, entonces, á Federico de Magdeburgo.

—¡Ah señora!—dijo.—Yo no he cantado en sonoras estancias vuestra hermosura, ni la he defendido en encarnizados torneos. En cambio, hoy se presenta ante vos, no Federico de Magdeburgo, sino el súbdito más pobre de Baviera. Aquel hermoso castillo que se alzaba gallardo á orillas del Naab, aquellas fértiles llanuras y aquellos inaccesibles riscos sobre los que ejercía mi dominio, ya no me pertececen. Y os voy á decir el por qué.

Una horrorosa tormenta asoló para siempre las feraces campiñas trabajadas por mis laboriosos siervos. Para colmo de desdichas, al poco tiempo, una mortífera peste se desarrolló en mis dominios, y mis pobres súbditos se encontraron sin medios para combatirla, pues la tormenta había concluido con la cosecha con que cifraban todas sus esperanzas.

En tan angustioso trance hice lo que el deber me dictaba: vendí, pedazo por pedazo, mis dominios para atajar la miseria y la peste, que cernían sus negras alas sobre mis estados; sí, lo vendí todo: hasta el castillo.

Ahora ya podéis excluirme del número de vuestros pretendientes, pues he perdido ya toda esperanza. Conceded vuestra mano á uno de mis dos afortunados rivales, que sabré resignarme con mi suerte aunque el dolor me haga trizas el alma.

Sepulcral silencio reinó después de estas palabras. Todos esperaban con ansiedad el fallo de Hildergunda.

Esta dijo, después de algunos minutos de silencio:



La merienda

—En verdad que es gloriosa acción saber immortalizar su nombre cantando en armoniosos versos la hermosura del bien amado, y que lo es no menos defender esa hermosura en encarnizados torneos, saliendo vencedor en todos ellos; pero yo, que pongo la caridad por encima de todas las virtudes, prefie-

ro la acción de Federico de Magdeburgo á todos los madrigales de los poetas y á todas las hazañas de los guerreros.

Y, dicho esto, dió su mano á Federico, que la besó con amorosa efusión.

Dos meses después se celebraban en la capilla de palacio los esponsales de Federico de Magdeburgo é Hildergunda de Lippe.

Creo inútil deciros que fueron muy felices y que vieron bendecida su unión por numerosa progeñie.

*
* *

Sed caritativos, queridos camaradas, sed caritativos como Federico de Magdeburgo; y si no la mano de otra Hildergunda, alcanzaréis, yo os lo aseguro, ese goce puro é íntimo que en toda alma bien nacida produce el bien obrar.

ARTURO CLAVERÍA LLOBET

NUESTROS GRABADOS

TODA FLORES

No se puede pedir más: flores en la cabeza, en el cuello, en el busto, en la cintura, en los brazos, en la falda, en las manos. Y, sin embargo, nada más hermoso que las flores; digo yo, pues no quiero oponerme á que otros encuentren preferible un jamón ó un ruedo de pavo trufado. Hay gusto para todo, y, por lo mismo, justo es que algunos merezcan palos.

UN KRAAL

No es preciso decir que un kraal es una aldea africana. Ese pertenece al país de Zanzíbar. No diré yo que no sea muy pintoresco, pero ello es que los negros huelen muy mal, por lo común.

LA ORACIÓN

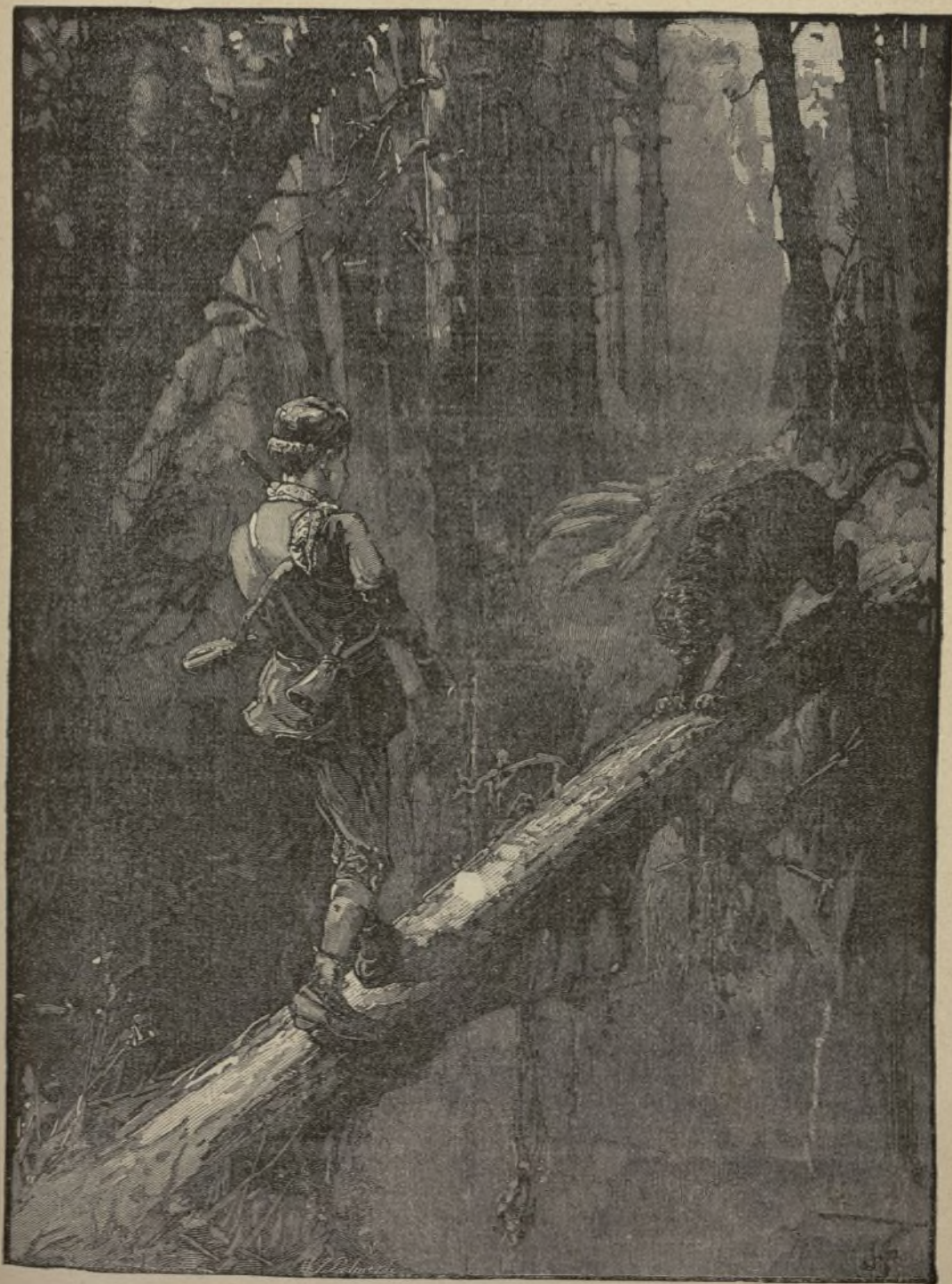
No es de este lugar hacer la apología de la oración, por lo cual nos limitaremos á encarecer la unción que respira esa figura, verdaderamente sorprendida en plena efusión del rezo.

PASTORCITO... DE AFICIÓN

Así le llamaremos, en la seguridad de que no por ello habrá de enfadarse. De esa manera, bien emperegilado, bien vestido, con más cintas que la cesta de *Don Simón*, y con unas ovejas limpias y cuidaditas, nada cuesta dedicarse al oficio de Titiro y Melibeo. Pero otra cosa es la realidad.

CAZA DEL BÚFALO

Eso de cazar búfalos tiene sus inconvenientes, y bien patente testimonio



Terrible encuentro

Ayuntamiento de Madrid

de ello da ese *Juan Carranza* que se agarra á las ramas de un árbol, *cual otro Sancho Panza*, para librarse del achuchón del animal. Lo que hay es que tal maña se han dado los yankees en cazar búfalos, que apenas si han dejado uno para muestra.

LA MERIENDA

Esas señoritas se las arreglan perfectamente, comiendo como unas personitas mayores. La escena es graciosa: tres arrapiezas servidas con la más ceremoniosa etiqueta por un criadito de menor edad.

TERRIBLE ENCUENTRO

Ni al diablo se le ocurre inventar una situación más comprometida. ¡Sobre el tronco que sirve para salvar el abismo, una pantera! Por fortuna el chico es valiente, va bien armado, y es de suponer que la terrible alimaña caerá en seguida, atravesada por un balazo, hasta el fondo de la espantosa sima.

UNA ONDINA

Una ondina hecha y derecha, con su vestido de algas, sus flores acuáticas y hasta su correspondiente *tridente* (alusión á sus conexiones con Neptuno). En suma, una ondina muy bonita y que es de presumir sepa nadar.

CUENTOS RUSOS

(Continuación)

—Mi muerte,—repuso Koshchei,—está en lo que voy á decir: hay un roble debajo del cual se halla una caja que contiene una liebre: dentro de ésta hay un pato que tiene un huevo; y en este último está mi muerte.

Koshchei permaneció algún tiempo con la madre de Iván, y después se marchó.

Llegó la hora en que el príncipe se proponía marchar, y, después de pedir la bendición á su madre, salió con el propósito de dar la muerte á Koshchei. Anduvo largo tiempo sin comer ni beber, y, al fin, sintiéndose atormentado de un hambre voraz, buscó afanosamente algo con que mitigarla. De repente divisó un lobezno, y ya se disponía á matarlo para comérselo, cuando de una madriguera salió la madre del animal y le dijo:

—No hagas ningún daño á mi pobre hijuelo y yo te recompensaré con creces.

Iván dejó tranquilo al lobezno, y, continuando su marcha, encontró un cuervo.

—Lo que es ahora,—pensó el príncipe,—preciso será comer un poco de carne de cuervo.

Así diciendo, cargó su escopeta, y ya iba á disparar, cuando el ave exclamó:

—No me hagas daño. Yo te juro que no tendrás que arrepentirte de haber respetado mi vida.

Iván perdonó también al cuervo, y siguió andando hasta que llegó á la orilla de un mar, donde se detuvo. En el mismo instante vió saltar del agua un lucio que cayó en la arena. Cogiolo al punto, porque ya estaba realmente extenuado de hambre, y ya se disponía á comérselo, cuando de pronto apareció la madre del pez y le dijo:

—Príncipe Iván, no hagas daño á mi hijuelo, que yo en cambio te prestaré algún servicio.

Iván perdonó también al lucio, y, pensando de qué medio se valdría para cruzar las aguas, sentóse en la orilla pensativo; pero el lucio, comprendiendo muy bien su apuro, tendióse cuan largo era, invitando al príncipe á cabalgar sobre sus espaldas.

Hízolo así Iván, y, trasportado por tan impensada y original cabalgadura, llegó al roble donde estaba la muerte de Koshchei. Allí encontró la caja, abriola, y vió saltar una liebre que escapó al punto. ¿Cómo detenerla?

Iván se asustó al ver que se le escapaba, apoderándose de su ánimo las más sombrías reflexiones; pero, de pronto, el mismo lobezno cuya vida había perdonado antes, precipitóse en seguimiento de la liebre, alcanzola y se la entregó á Iván, que, cogiéndola con la mayor alegría, le abrió el vientre. En el mismo momento saltó un pato, que emprendió el vuelo. Iván disparó su escopeta para matarle, pero no le tocó. Triste y cabizbajo, no sabía ya qué hacer, cuando de pronto apareció el cuervo con su progenie, lanzóse en seguimiento del pato, alcanzóle y se lo trajo al príncipe, quien con grande afán se apoderó del huevo, alejándose después á buen paso. Llegado á la orilla del mar, comenzó á lavarlo; pero se le deslizó de la mano y cayó al agua. ¿Cómo ir á buscarlo á una profundidad inconmensurable?

Abatióse nuevamente su ánimo; pero de repente observó que el mar se agitaba con violencia, y vió al lucio que le traía el huevo, invitándole al mismo tiempo á montar en su dorso para conducirle á la otra orilla. Apenas se halló en ella, apresuró su marcha cuanto le era posible para llegar pronto al punto donde estaba su madre, la cual le recibió alegremente, ocultando después á su hijo. A los pocos momentos llegó Koshchei el Inmortal y exclamó:

—¡Uf! ¡Uf! No se oye ni se ve aquí á nadie, pero huele á carne de ruso.

—¡Qué disparate decís, Koshchei!—repuso la madre de Iván—Aquí no hay nadie.

—No me siento bien,—dijo luego Koshchei.

Entonces el príncipe Iván comenzó á estrujar el huevo, y Koshchei empezó á desfallecer. Luego dejóse ver el príncipe, saliendo de su escondite, y mostró el huevo á Koshchei, diciéndole:

—Aquí está tu muerte: esta vez no te salvarás.

Koshchei cayó de rodillas, exclamando:

—¡No me mates, príncipe Iván! Seamos amigos y tendremos á todo el mundo á nuestros pies.

Pero Iván, sin hacer caso de estas palabras, aplastó el huevo, y Koshchei el Inmortal murió.



Una ondina

El príncipe Iván y su madre tomaron cuanto necesitaban y pusieron-se en marcha en dirección á su palacio. A su paso recogieron á la hija del rey, á la que Iván había visto antes, y lleváronse la consigo. Siguieron andando, y muy pronto divisaron la colina donde los hermanos de Iván le esperaban. Ya iban á continuar su camino, cuando de pronto la princesa exclamó:

—Será preciso que vuelvas á mi morada, pues me he dejado allí olvidado mi traje de boda, una sortija de diamantes y un par de zapatos sin costura.

Iván consintió, diciendo á su madre que ya podía empezar á descender por la escalera en compañía de la princesa, con la cual deseaba casarse apenas llegaran al palacio. Las dos damas fueron recibidas por los hermanos, y cuando las tuvieron seguras convinieron en cortar la escalera á fin de que Iván no pudiese bajar á su vez. La reina y la princesa quisieron oponerse; pero los hermanos las intimidaron con sus amenazas, y hasta las obligaron á prometer que no dirían nada á Iván si por ventura lograba reunirse con ellas. Pocos días después llegaron á su país natal, sintiendo el rey un extremado júbilo al

ver á su esposa y á sus dos hijos; pero le contristó mucho el no ver á Iván.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.— Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA